

<https://doi.org/10.32735/S2735-61752022000193154>

**“SIN PAPELES”: EVANGELIO, POBREZA Y LIBERTAD.
EL TESTIMONIO MISIONAL DE MARÍA CRISTINA CORREA EN
EL CAMPESINADO MAULINO (1960-2021)*¹**

**"WITHOUT PAPERS": GOSPEL, POVERTY AND FREEDOM.
THE MISSIONARY TESTIMONY OF MARÍA CRISTINA CORREA IN
THE MAULINO PEASANTRY (1960-2021)**

Pilar Correa Villarroel²

pi.correa@uc.cl

<https://orcid.org/0000-0001-5568-8584>

Universidad Alberto Hurtado

Santiago, Chile

RESUMEN

El proceso de evangelización en América Latina desde el siglo XVI al siglo XIX, dejó un amplio abanico de fuentes, temáticas y grupos sociales que permiten reconstruir históricamente la acción misionera de sacerdotes, órdenes, congregaciones y sociedades laicales. Sin embargo, queda por analizar la acción misionera de mediados del siglo XX hasta la actualidad y sus transformaciones e implicancias en la sociedad chilena. De este proceso cabe destacar dos grupos invisibilizados o sobreexpuestos historiográficamente que han sido estudiados de manera aislada: las misioneras – particularmente laicas- y el campesinado. Sin embargo, la interacción de ambos quedó plasmada en la acción misionera rural, donde convergieron y se dieron espacios de convivencia cotidiana por largo tiempo. Es por ello, que este estudio, mediante la historia social, local y contemporánea de la Historia de la Iglesia, buscará comprender el alcance de la misionalidad laical de María Cristina Correa, mujer que en la década de 1960 decidió vivir en medio de la pobreza del campesinado de la Región del Maule. Su testimonio de vida será analizado a partir de fuentes orales contenidas en entrevistas a campesinos, sacerdotes y la misma María Cristina. En este sentido, se buscará aportar al estudio de la misionalidad femenina contemporánea.

Palabras claves: Misionera; laica; María Cristina Correa; campesinado; Región del Maule.

ABSTRACT

The process of evangelization in Latin America from the 16th to the 19th century left a wide range of sources, themes and social groups that allow us to historically reconstruct the missionary action of priests, orders, congregations and lay societies. However, it remains to analyse missionary action from the mid-twentieth century to the present day and its transformations and implications for Chilean society. Two historiographically invisible or over-exposed groups that have been studied in isolation from this process are worth highlighting: women missionaries - particularly lay women - and the peasantry. However, their interaction was reflected in rural missionary action, where they converged and lived together for a long time. For this reason, this study, through the social, local and contemporary history of Church History, will seek to understand the scope of the lay missionary work

* Artículo recibido el 5 de enero de 2021; aceptado el 31 de marzo de 2021.

¹ Investigación que forma parte del estudio de tesis para el grado de Magister en Chile Contemporáneo de la Universidad Alberto Hurtado, Chile.

² Licenciada en Historia, Universidad Alberto Hurtado, Magister (c) en Chile Contemporáneo, Universidad Alberto Hurtado, Miembro de la Sociedad de Historia de la Iglesia en Chile.

of María Cristina Correa, a woman who in the 1960s decided to live in the midst of the poverty of the peasantry of the Maule Region. Her life testimony will be analysed on the basis of oral sources contained in interviews with peasants, priests and María Cristina herself. In this sense, the aim is to contribute to the study of contemporary female missionary work.

Key words: Missionary; lay; María Cristina Correa; peasantry; Maule Region.

Introducción

Evangelización y acción misionera femenina (ss. XVI-XIX)

Los misioneros de mediados del siglo XX de la mano con las nuevas formas de vida religiosa ya no evangelizaron desde un énfasis antiherético y/o principios civilizatorios propios del proceso colonial, independista y republicano de los siglos anteriores, sino que se centraron más radicalmente en el valor del testimonio personal y comunitario; se dedicaron vivamente al testimonio basado en la convivencia en medio de las comunidades más pobres de la sociedad. Además, se configuró la distribución sexual de roles respecto a la acción misionera, ya que, desde el siglo XVI durante la evangelización de América la labor misionera descansó principalmente en la vida consagrada masculina hispánica, por su parte la vida consagrada femenina se concentraba en los beaterios y conventos de clausura de las órdenes mendicantes. Sin embargo, desde mediados del siglo XIX en la época de la *restauración* postnapoleónica aumentó el número de congregaciones religiosas e iniciativas laicales dedicadas a la acción misionera; en su mayoría eran congregaciones femeninas no hispánicas -francesas, belgas, italianas, inglesas, etc.- dedicadas a la educación y servicios de cuidados, las cuales también llegarían al territorio chileno.

La mayoría de las congregaciones religiosa femeninas decimonónicas, surgieron de las transformaciones socioeconómicas emanadas de la revolución industrial, urbanización, cambios en las circunstancias políticas y religiosas europeas, donde se enfrentaban la Iglesia con los nacientes Estados liberales (Bidegain, 2020, p. 24). En consecuencia, surgió una red de trabajo social católico enfocado a la educación, la salud y la prensa, así, las congregaciones femeninas cobraron un importante espacio no solo por ser un grupo más numeroso sino también por su dedicación focalizada y completa a la sociedad. Su injerencia pastoral significó que “por primera vez en la historia de la iglesia moderna las mujeres fueron llamadas a participar en la tarea apostólica. La Santa Sede rápidamente reconoció que el trabajo que estas mujeres podían hacer en los campos sociales y religiosos era importante.” (Bidegain, 2020, p. 26). Así surgió una vitalidad, expansión y feminización del catolicismo que dinamizó y desplazó la disminuida vida conventual contemplativa por un apostolado femenino comprometido en el servicio social gracias al periodo de restauración que impulsó una política romana sobre el auge de las misiones.

Cabe destacar importantes estudios respecto al espíritu misionero tanto de monjas como religiosas misioneras de fines del siglo XIX, tales como: *“Letras de la guerra. Escritura de mujeres desde la frontera mapuche (1818-1853)”* de Tomás Catepillán Tessi; *“Educar a la francesa. Anna du Rousier y el impacto del Sagrado Corazón en la mujer chilena (1806-1880)”* de Alexandrine De la Taille; *“Virgenes Viajeras. Diarios de Religiosas Francesas en su ruta a Chile 1837-1874”*. De Sol Serrano y *“Órdenes y Congregaciones llegadas al país entre 1925-1960”* de Marcial Sánchez, obras que dan cuenta de la presencia e ímpetu misionero de mujeres consagradas capaces de llevar un apostolado plenamente activo en Chile desde el siglo XIX. En síntesis, la vida religiosa en conceptos de Elizabeth Dufourcq se alineó en el cambio de un “catolicismo de referencia”, única expresión tradicional de la vida religiosa femenina en América, a un “catolicismo en movimiento” de amplia acción pastoral. (Monreal, 2020, p. 62).

A mediados del siglo XX -especialmente en América Latina- se identifica un nuevo cambio gracias al Concilio Vaticano II y la Teología de la Liberación, hito ecuménico e interpretación evangélica acordes a la renovación eclesial que se gestaba. El *aggiornamento*, que implicó el “retorno a las fuentes” y la “opción por los pobres” para los misioneros y las misioneras se tradujo en una convivencia diaria en sectores y grupos sociales marginados por la sociedad; en el caso de las ciudades los campamentos y poblaciones segregadas, y en el caso de las zonas rurales, los campesinos. Este último grupo se encontraba en un particular estado de abandono estatal a causa de las sucesivas transformaciones socioeconómicas que afectaron a la distribución de las tierras, el trabajo agrícola, las relaciones de dominio, la conformación de las familias y el flujo migratorio. Al mismo tiempo, en las localidades campesinas se albergaba una gran tradición religiosa y pensamiento conservador, distante del proceso de modernización e industrialización acelerado de las ciudades.

Iglesia chilena: Diócesis de Talca y campesinado (1960-1990)

En la Diócesis de Talca -Región del Maule- durante la década de 1960, se había iniciado la Reforma Agraria por iniciativa eclesiástica, encabezada por el Cardenal Raúl Silva Henríquez y el Obispo de Talca Manuel Larraín Errázuriz, materializado en 1962 cuando Mons. Manuel Larraín anunció la entrega del Fundo Los Silos de Pirque, que finalizaría con la entrega de los títulos el año siguiente. La entrega de tierras de la Iglesia a la sociedad campesina fue inspirada por la carta pastoral del episcopado chileno *La Iglesia y el problema del campesinado en Chile* publicada en 1962. La entrega había permitido la autonomía y subsistencia parcial de los campesinos, empero, escaseaba la tecnología, una formación sólida en la organización y nuevas técnicas de cultivo suficiente para una mayor producción y administración de los terrenos. Respecto a las motivaciones de la creciente Reforma Agraria, Roberto Quiroga Salazar, establece que la iniciativa de entrega de terrenos de las diócesis a los campesinos respondió a dos motivaciones de la Iglesia. En primer lugar, las razones pastorales, ya que los obispos denunciaron la injusticia social debido al desequilibrio entre el avance en las ciudades y las condiciones del mundo rural. En segundo lugar, la motivación política, pues se temía el avance del comunismo y la vía armada a raíz de la Revolución cubana (Quiroga, 2017, Tomo V, p. 147).

Durante la década de 1970 el país vivió el Gobierno de la Unidad Popular, el posterior Golpe Militar y la Dictadura que en la década de los 80 conllevó junto con la violación a los Derechos Humanos, una importante crisis económica que afectó significativamente al campesinado, debido a la escasez de trabajo y pérdida de tierras durante el proceso de contrarreforma agraria. En la década de 1990 el sistema económico neoliberal favoreció un mayor y rápido acceso a bienes de consumo, lo cual afectó nuevamente a la sociedad campesina mermando tres aspectos: la vida comunitaria, la religiosidad y el número de jóvenes.

Por su parte la presencia de la Iglesia en el mundo rural hacia 1950, era afectada por la escasez de sacerdotes diocesanos en proporción al amplio territorio. Los párrocos estaban dedicados a la administración parroquial y la asistencia sacramental de las localidades, y pronto requirieron la colaboración. Es así como por solicitud del obispo de Talca y algunos párrocos, llegaron a la región misioneros y misioneras que convivieron en las localidades. Los misioneros en su mayoría eran también sacerdotes, por ende, se distribuyeron en distintas parroquias y se dedicaron al cuidado parroquial y atención a las comunidades de feligreses. En el caso de las misioneras, a diferencia de los sacerdotes, su asistencia y convivencia con las personas fue más estrecha en el espacio privado y vida cotidiana campesina. La acción misionera femenina tuvo como consecuencia la generación de vínculos con la sociedad campesina mediante la cotidianeidad en el trabajo, la religiosidad, los eventos familiares, la educación, rehabilitación, acompañamiento, etc. Estos vínculos afectaron en especial medida a las mujeres campesinas,

quienes estaban relegadas al espacio doméstico y a su vez desempeñaban diversos roles en las comunidades -trabajadoras, educadoras, dueñas de casa, catequistas, cuidadoras, parteras, sanadoras, madres, costureras, lavanderas, etc.- Así, durante todas esas décadas las misioneras fueron testigos de todo el proceso de configuración del campesinado y sostuvieron en la medida de lo posible la situación de los campesinos.

Laicos: agentes de evangelización

Junto con la transformación de la vida religiosa femenina es importante también analizar el auge del rol de los laicos quienes trabajaron juntamente con las religiosas y párrocos en la vida misionera. A este respecto a historiadora María José Castillo hace un recorrido histórico contemporáneo en su texto "*El rol de los laicos en una Iglesia en cambio post Concilio Vaticano II: Movimientos laicales*". La autora no solo define el concepto "laico" sino también subraya la relevancia que tomaron: "Esta condición tomará relevancia a partir del Concilio Vaticano II, donde se le entrega el reconocimiento oficial, por la curia, a la vocación religiosa del laico desde la santificación de sus obligaciones como cristiano" (Castillo, 2017, Tomo V, p. 448).

La participación laical recalcada en el concilio no era una novedad, ya que en siglos anteriores los laicos eran parte visible y cotidiana de la Iglesia, así que se retomó un espacio postergado. De acuerdo con la misma autora, ya en el siglo XVI dentro de los movimientos de reforma de la Iglesia post Concilio de Trento, se observaba realidades laicales como las cofradías, oratorios, congregaciones marianas, etc. (Castillo, 2017, p.448) Pero con el Concilio Vaticano II se "*reconocerá la importancia de la labor y vivencia de fe que realizan los laicos*" (Castillo, 2017, p. 449) estas responsabilidades no solo será a nivel de cooperación estructural u organizativa de la Iglesia sino, al igual que los religiosos mediante el testimonio en el espacio laboral y vida cotidiana. (Castillo, 2017, p. 449) Así los laicos también desempeñaron un apostolado de carácter individual y/o comunitario (Castillo, 2017, p. 452).

En Chile la acción misionera laical tuvo un espacio potente en la llamada *Acción Católica* de gran auge en las décadas de 1950 y 1960. La Acción Católica tuvo sus antecedentes desde fines del siglo XIX con el catolicismo social europeo y las experiencias filantrópicas del catolicismo ilustrado francés; el llamado a la participación laical ya se evidenciaba en las encíclicas *Rerum Novarum* de 1891 y *Il Fermo Propósito* de 1905. En la sociedad chilena se tradujo en agrupaciones de caridad dentro de la elite y con una iniciativa principalmente femenina.

En el texto del historiador Fernando Aliaga Rojas, *La acción católica en Chile*, el autor describe un tercer periodo de la Acción Católica que abarca los años 1952-1962 cuando se da inicio al Concilio Vaticano II. Durante este periodo:

La Acción Católica nacional establece en sus nuevos Estatutos que su estructura comprende tres movimientos especializados: Acción Católica Independiente o General, Acción Católica Obrera y Acción Católica Agraria. Mons. Manuel Larraín declara que ello es necesario para hacerse cargo de esta forma, en hacer frente el laicismo reinante.

(Aliaga, 2014, Tomo IV, p. 273)

Otras organizaciones independientes importadas fueron la Asociación de Mujeres de la Acción Católica -AMAC- y otra relevante para el mundo campesino fue la Juventud Agraria Católica -JAC- en 1951, *“la cual tendrá fuertes dificultades, ya que su acción apostólica debía estar inserta en los fundos, donde los patronos se oponían a la formación de una conciencia social y ha todo intento de sindicalización, acusándolos de ser células comunistas”* (Aliaga, 2014, Tomo IV, p. 273) ; de todas formas su apostolado llevó a la creación de Centros Campesinos atendidos por los mismos campesinos y la fundación del Instituto de Educación Rural en 1954. Esta “incomodidad patronal” o aceptación respecto a la presencia de la acción católica en el mundo rural ya se daba con anterioridad. El historiador José Bengoa describió la presencia de los “josefinos” en el valle central. Los “Josefinos” eran una sociedad eclesiástica que agrupaba obreros, llamada “Sociedad de San José” la cual fue un impulso de la Encíclica *Rerum Novarum*, *“los patronos católicos aceptaban en sus predios la existencia de esta sociedad, las que generalmente eran organizadas por los párrocos y curas del lugar”* (Bengoa, 1990, p.36) esta organización era extraña a las haciendas *“impartían charlas y algún tipo de educación; abogaban por un mejor sistema de vida para el inquilino, mejoramiento de sus casas y transformación en el nivel y estilo de vida.”* (Bengoa, 1990, p. 36) también se dedicaron a la promoción del abandono del alcoholismo y centraron las bases de las cooperativas campesinas. Así, la acción social de la Iglesia en el espacio rural tuvo como principio la organización y la educación campesina y sus principales agentes fueron laicos.

Promoción de la mujer: misioneras y campesinas

A partir de la separación de la Iglesia y el Estado en 1925, el episcopado chileno, como señala el historiador Rodrigo Moreno, decidió dar una señal de unidad publicando la “Carta Pastoral Colectiva” en la cual los obispos afirmaron que si bien el Estado se alejaba de la Iglesia esta no lo haría, procurando vivir en servicio y buscar el orden social. Pronto llegó la autorización papal para la fundación de nuevos obispados: *“Pío XI rápidamente decidió concretar un viejo anhelo de la Iglesia chilena, la fundación de los obispados de San Felipe, Valparaíso, Rancagua, Talca, Linares, Chillán y Temuco”* (Moreno, 2014, p.28) La fundación de la Diócesis de Talca, favoreció el enfoque misional y auge de la iglesia local, lo cual se vería reflejado en las décadas de los 50, 60 y 70 con la iniciativa de la Reforma Agraria, la denuncia sobre la injusticia social y las defensas de los Derechos Humanos. A su vez en la década de 1970 y 1980:

La Iglesia chilena empieza a promover la participación de la mujer, como agente de evangelización, como factor de cambio social [...] entiende que la mujer ya no es un objeto digno de caridad y asistencia, es un sujeto en cuanto marginado del ámbito público (Cossio, 2017, p. 240).

Es por ello que la Iglesia potenció las agrupaciones de mujeres especialmente en las zonas rurales, localidades consideradas empobrecidas, abandonadas y estratificadas. La promoción de las mujeres fue una labor muy amplia y compleja para el clero local, pues, debido al escaso número de sacerdotes y la amplia extensión de territorio, no les permitía cubrir plenamente la asistencia a los feligreses, el cuidado parroquial y asistencia sacramental. Las extensas distancias entre una localidad y otra dificultaba el apoyo pastoral del párroco, lo que llevó a solicitar la ayuda tanto de laicas como religiosas las cuales tuvieron una buena acogida en las comunidades, por ello, la promoción de las mujeres como agentes de evangelización fue crucial. Y es en este contexto de misionalidad, renovación, cambios socioeconómicos y ruralidad donde se desarrolla la vida y obra de María Cristina Correa.

Investigación

Esta investigación se inscribe en la historia social, local y contemporánea de la Iglesia Católica chilena, en este marco histórico incluye una perspectiva de género que identifica un vacío historiográfico respecto a los estudios de misioneras -religiosas y laicas- de mediados del siglo XX y su aporte en el mundo campesino. A partir del caso de María Cristina Correa nos encaminaremos en el riel de la microhistoria, el cual como sabemos, no pretende contar “pequeñas historias” sino que a través del método inductivo permite analizar una situación específica que permiten llegar a interrogantes generales. Junto con Grendi podemos decir que, para la microhistoria su preocupación son las relaciones e interacciones que se dan entre los individuos y su propuesta es reconstruir las relaciones sociales dadas en un espacio comunitario determinado (Grendi, 2009, p. 19).

En este sentido, el presente artículo no pretende relatar una biografía integral y cronológica de la vida de Cristina Correa, sino que busca responder la pregunta ¿qué relevancia ha tenido para el campesinado y el clero local la acción misionera de María Cristina Correa? Así, el objetivo principal de esta investigación es comprender el alcance de la misionalidad laical de Cristina Correa en la sociedad rural. Respecto a la espacialidad, nos delimitaremos a su espacio pastoral directo por tantos años: la costa curicana de la Región del Maule. Especialmente en la localidad donde ha vivido por 36 años, La Orilla de Valdés a las faldas del Cerro Chiripilco. El marco temporal se extiende entre las décadas de 1980 periodo en que se establece en la localidad, hasta la actualidad marcada por la imposibilidad de desplazamiento debido a la resiente pandemia por covid19. Esta delimitación temporal como siempre es flexible, pues, la investigación contempla una metodología entretrejida por fuentes orales, las cuales han sido plasmadas en entrevistas a vecinos, sacerdotes, feligreses y la misma Cristina e imágenes fotográficas que permiten visualizar y fortalecer el estudio de los vínculos sociales forjados entre ella y la comunidad.

Cabe señalar que esta breve investigación busca ser un aporte a la continuidad de estudios sobre la acción misionera femenina en el territorio chileno. Finalmente, es pertinente advertir mi cercanía y amistad con María Cristina, que, si bien no impidió la construcción de una investigación disciplinada, sí favoreció un relato histórico que coquetea en lo distendido.

“Sea la que es Cristina”: búsqueda, pobreza y campesinos

En la costa curicana de la Región del Maule, a lo largo del recorrido de sus diversas localidades y pueblos, se extiende el río Mataquito en paralelo a la carretera que va desde la ciudad de Curicó hasta la caleta de Duao. Poco antes de la localidad de “La Huerta” existe un breve tramo llamado “La Orilla de Valdés”, zona donde se alza el histórico Cerro Chiripilco, que, de acuerdo con la tradición mapuche, sería el lugar donde murió Lautaro. En sus faldas, en medio de espinos, caballos y ovejas emerge como un oasis el “ruco”, construcción de dos por dos metros de diámetros con piso de tierra, sin luz eléctrica, ni agua potable, y este ha sido el hogar por casi cuatro décadas de María Cristina Correa Álvarez, mujer misionera de 91 años oriunda de Santa Cruz, criada en una numerosa familia latifundista que decidió en su juventud vivir radicalmente el evangelio y la “opción por los pobres”. Sin duda, esta decisión no fue con premura, implicó un proceso de búsqueda vocacional que Cristina definió en tres momentos importantes: a) la muerte de su novio, b) la decisión de llevar una vida dedicada a Dios, y c) la decisión de vivir en un ruco en medio de los campesinos.

Su identificación con el mundo campesino lo recuerda desde su niñez y ella lo ejemplificó con su falta de educación formal en medio de numerosos hermanos:

Éramos 9 hermanos, yo era la séptima, quedaba entre puros hombres porque mis tres hermanas mujeres eran las mayores y se educaron en Santiago, yo no me eduqué en ninguna parte en la casa no más. En ese tiempo los hijos de patronos [se burla] “no íbamos a la escuela rural porque era una escuela de rotos”, la escuela rural era de rotos, [se ríe] nos educábamos en casa. [...] yo siempre me quedé con mi papá en el campo sacando la leche y haciendo quesos. Cuando yo ya tenía 15 años, mi mamá le dijo a mi hermana Alicia ‘enséñale a escribir a la cristiana’ así me decía y mi hermana Alicia me enseñó a leer y escribir y todo lo necesario.³

Crecer en un mundo rural le permitió a María Cristina comprender de mejor manera la dinámica estratificada y carencias del mundo rural, si bien ella no fue parte de una familia campesina pobre, sí reconoció las desigualdades que comprendía la tradición de la hacienda y el sistema de inquilinaje propio de la zona maulina. Junto con ello, ella reconoce el ejemplo de vida cristiana de sus padres y especialmente de su recordado hermano Enrique Correa, conocido sacerdote de la costa y apodado por todos los feligreses y la curia como “el huaso Correa” o “el cura huaso”. El vínculo y profunda amistad con su hermano le permitió encaminar una búsqueda comprometida con la Acción Católica. Así lo recuerda:

Mira, cuando murió mi novio, la vida me quedo vacía, entonces mi hermano me puso en contacto con el padre Santiago que trabajaba en el Instituto de Educación Rural. Ahí hice un curso de educación rural y de ahí nos mandaban como delegados a formar comunidades de los campos, en aquellos años no había comunidades en los campos. [...]Estuve en la Misión General de la Diócesis, en distintas comunidades. No había comunidades de base en aquel tiempo [...] Trabajé en el Instituto de Educación Rural y en la acción católica Rural en promoción del campesino [...] Visitando a las comunidades, viviendo con los campesinos.

Si bien, la formación y acción misionera “institucionalizada” en medio del campesinado juntos a otros sacerdotes fue importante para Cristina, no fue suficiente para el ideal de conformación de una Iglesia pobre y testimonial que ella dimensionaba. Ya en 1966, participando en misiones en San Felipe y habló con el obispo Enrique Alvear, quien la animó a seguir en medio del mundo rural y así lo hizo. Pero fue en la década de los 80 cuando definió su misión concreta. En abril de 1980, en un escrito personal titulado “La Iglesia que yo sueño: la Iglesia de Jesús”, como parte de un retiro dado por el obispo de Talca Carlos González Cruchaga, María Cristina escribió: “*Sueño una Iglesia pobre, como la de Jesús: Él no tenía donde reposar su cabeza, y sus discípulos iban con Él. Él los llamaba y lo seguían sabiendo que no tenía nada.*”⁴ Inició

³ Fuente: Entrevista a María Cristina Correa, dada el martes 10 de junio del 2021. Región del Maule.

⁴ Fuente: notas de un cuaderno “algo que quiera expresar” fechado en abril de 1980. Obtenido de María

entonces la búsqueda de dónde poder concretar este ideario que debía reconciliar el testimonio, pobreza, acción misionera bajo la dimensión espiritual de la responsabilidad con Cristo propio - pero no únicamente- de la tradición de la vida consagrada femenina. Respecto a esto Cristina relata:

yo quise conocer comunidades, pero ninguna calzó con lo que el Señor me pedía
'compartir con los campesinos, correr la misma suerte' eso es muy importante
'compartir con los campesinos, correr la misma suerte' [...] Porque yo quería vivir con
las mismas necesidades que la gente vivía, no quería tener más comodidades.⁵

Guiada por esta determinación decidió hablar con el Obispo: "Le conté lo que yo sentía a Don Carlos González. Como él era bien parco para hablar, hablaba poco, pero decía mucho, me escuchó y me dijo, 'sea la que es Cristina' nada más, 'busque el lugar'. Y de ahí entregué mi vida al Señor sin papeles". Iniciaba entonces una nueva etapa, que implicaría una nueva forma de concebir la misionalidad laical.

'Unas tablitas no ma': guitarra, exilio y ruco

El itinerario misionero de María Cristina inició en la Diócesis de San Felipe, luego Argentina, de nuevo en Chile siguió en Vilches y hacia el sector cordillerano de Molina, finalmente en La Orilla de Valdés de la costa curicana. Su determinación para vivir acorde a la vida campesina empobrecida significó un abandono material, monetario y recomenzar en cada lugar que se establecía. Tal carencia e inseguridad es recordada por la señora María, habitante de la Orilla, quien describió la llegada de María Cristina a la zona en 1984:

La conocí cuando llegó a este cerro, hace 36 años, llegó con unas tablitas no ma' un
ruquito, después nos hicimos amigas, nos fuimos conociendo, pasaba pa' mi casa,
tomábamos tecito juntas (...) ella llegó con su espíritu de vida no más, no traía nada,
nada que trajera que valiera 500 pesos en eso años, todos ayudábamos, venía
pobre.⁶

Esa radicalidad material no era ajena a la realidad campesina acaecida desde los inicios de la Reforma Agraria y agravadas en los 80. El obispo auxiliar de Talca Alejandro Goic (1991-1994) recuerda:

Cuando yo entré al seminario en el año 1959 en Concepción nos mandaban en
vacaciones de invierno a hacer misiones a los campos, iba con otro compañero
seminarista [...] una familia nos acogió con mucho cariño, vivíamos en la casa
patronal y tenían un templo muy hermoso donde se celebraba la eucaristía; pero

Cristina Correa.

⁵ Entrevista a María Cristina Correa. Dada el martes 10 de junio del 2021, La Orilla.

⁶ Fuente: Entrevista a María Angélica González Rojas, dada el miércoles 20 de octubre, del 2021.

recorriendo las casas yo descubrí una realidad que para mí fue absolutamente nueva [...] lo que más me impresionó fueron las casas, casi ninguna casa tenía piso, eran pura tierra, y habían de estos fogones antiguos del cual colgaban las hoyas. Y me impresionó mucho porque en la entrada de la capilla había una frase ‘quién como Dios’, en latín *cuius deus*, y ahí con mi compañero reflexionábamos ‘¿dónde está Dios?’, ¿está en el templo? o ¿está en el corazón de estos campesinos?⁷

No es de extrañar entonces que María Cristina dimensionara la realidad campesina como un estado de pobreza, más aún de abandono e inseguridad, sujeto a la caridad comunitaria, al aislamiento y constante esfuerzo diario por subsistir: “yo quería tener la misma inseguridad de los campesinos. Por lo tanto, me vine a vivir sin ningún sueldo, sin ningún trabajo fijo, sin ninguna seguridad económica para vivir la misma inseguridad de los campesinos”.⁸Tal situación prevaleció por décadas, con adelantos y retrocesos según los vaivenes políticos y económicos. Las sucesivas transformaciones fueron insuficientes para la estabilidad campesina, aislada o disgregada según las necesidades de las ciudades y su industrialización que removió las bases laborales y la distribución de roles dentro de las familias campesinas. El obispo Alejandro Goic fue testigo del proceso:

Cuando yo llegué a Talca, ya algo de la Reforma Agraria del presidente Frei Montalva se había realizado y también algo del gobierno de la Unidad Popular, pero mucho de lo que se había conquistado, con el régimen militar se perdió mucho de eso, entonces uno veía un campesinado muy poco promovido, las políticas del gobierno militar no hubo una acción que pudiera ser significativa a mi juicio.⁹

A la situación socio económica, se sumaba la escasa presencia de clérigos en la zona, pese a los esfuerzos por la promoción de los campesinos mediante organizaciones como el Instituto de Educación Rural o CRATE, era preciso un actor capaz de concretizar un acompañamiento integral del campesinado. Si bien se describe un escenario hostil y de abandono tanto estatal como eclesiástico, la presencia de Cristina Correa posibilitó espacios de sociabilidad mediante el trabajo, la asistencia y la recreación:

Vendía hilito, agujas, crochet, traía ropita, los calcetines, calzón, era bonito. Así la fueron conociendo [...] Ella visitó mucho a los enfermos, lo vecinos del sector, nos sirvió para poner las inyecciones, ella sabía, no podíamos ir al consultorio o no había quien, también trabajaba en el campo, ella sabe mucho de remedios, sabe para qué

⁷ Fuente: Entrevista a Alejandro Goic. Dada el martes 21 de diciembre del 2021, Rancagua

⁸Entrevista a María Cristina Correa. Dada el martes 10 de junio del 2021, La Orilla.

⁹ Fuente: Entrevista a Alejandro Goic. Dada el martes 21 de diciembre del 2021, Rancagua

sirve cada uno. Ella parece que tuvo unos cursos, en el instituto rural, ahí aprendió.

Todos íbamos donde la Cristi.¹⁰

Junto con la asistencia material y de salud, un elemento recordado por los vecinos en las entrevistas era su guitarra y su canto. La señora Rosa, otra vecina y habitante de la Orilla al recordar su primer encuentro con ella, señala: *yo la conocía de antes cuando yo iba Vilches con mi papá la veía cantar con la guitarra, ella era una persona muy alegre*¹¹. También algunos religiosos como el hno. Juan Nish misionero Maryknoll y el sacerdote Sergio Díaz, la describen con su guitarra: *“a todo terreno, sacaba la guitarra y nos impresionaba esta mujer tan alegre”*.¹²

La diversidad de roles y mecanismos de sociabilidad no respondían a una dinámica estructurada o sujeta a las directrices pastorales y temporales de un estado de misión pasajero, sino a un espacio de convivencia e identificación con la sociedad rural. Mucho menos dada a una pretensión de “civilidad” y formación institucionalizada. María Cristina era una campesina inspirada por un ideal evangélico, incapaz de delimitarse en una acción filantrópica ajena al mundo rural o basada en un principio caritativo momentáneo. Si bien la subjetividad no es parte de un análisis histórico, los hechos sí. En este sentido es clave destacar su decisión de retornar al campesinado chileno luego de autoexiliarse en Argentina junto con el equipo pastoral al cual pertenecía, como consecuencia del Golpe Militar de 1973. Esto debido a que el vínculo de religiosos y sacerdotes con el mundo campesino se asociaba a una militancia de corte marxista, por tanto, para el régimen militar el ejercicio pastoral era otro mecanismo del “enemigo interno” para fomentar ideales comunistas en los trabajadores. Lo cual tuvo como consecuencia la persecución e incluso ejecución de religiosos, clérigos y laicos comprometidos. Así lo recuerda María Cristina:

Me quedé en san Felipe 8 años en el campo con don Enrique Alvear, después vino el Golpe Militar y ahí quedó ‘la cresta’, tuvimos que salir. Don Enrique había formado un equipo de pastoral rural [...] después con el golpe se deshizo el equipo, el 73. O sea, no se deshizo, sino que terminó su acción, pero el equipo continuo, como no podíamos a actuar en Chile don Enrique se puso en contacto con un obispo de Argentina y nos fuimos a la Argentina, a la diócesis de Rafaela con don Antonio Brasca, el obispo. Ahí estuve dos años, pero no era lo que... o sea allá teníamos una actividad diferente del campo de Chile, y yo quise volver a Chile y con gran dolor de mi corazón me separé del equipo y me vine a Chile.¹³

La realidad de la Diócesis argentina no se correspondía con la pobreza del campesinado chileno, en Rafaela se destacaba la inmigración de italianos, mecanismos agrícolas más modernos y solvencia económica sólida. Por su parte el campesinado chileno permanecía en condiciones paupérrimas y habían retrocedido las políticas de integración y organización

¹⁰ Fuente: Entrevista a María Angélica González Rojas, dada el miércoles 20 de octubre, del 2021.

¹¹ Fuente: entrevista a Rosa Díaz Canales, dada el miércoles 20 de octubre del 2021. La Orilla.

¹² Fuente: entrevista al sacerdote Sergio Díaz. Miércoles 1 de noviembre de 2021.

¹³ Entrevista a María Cristina Correa. Dada el martes 10 de junio del 2021, La Orilla.

campesina. El sentido de independencia y pertenencia a un espacio rural, y a los campesinos definieron el actuar misionero de Cristina Correa.

Un objeto concreto y simbólico que integró su sentido de pertenencia e ideal evangélico fue *el ruco*. A su llegada a Chile en 1975 Cristina recordó su itinerario y la significancia del ruco:

Me fui a vivir a la precordillera de Molina, donde el párroco era don Mario Molina. No me recuerdo cuanto estuve, como tres años, y me vine a vivir a Río Claro, de ahí me hermano cura, Enrique Correa, me pidió que me viniera a la Costa desde entonces estoy aquí. En ese tiempo acompañando a los jóvenes que trabajaban en el campo, en la iglesia y viviendo aquí en el ruco como centro de encuentro con el Señor.¹⁴

El ruco no es posible asociarlo a una casa con las dimensiones y exigencias actuales. En la década de los 80 reflejaba las construcciones campesinas: habitación pequeña, sin luz, ni agua, ventanas sin vidrios, piso de tierra, sin televisión, ni radio, etc.; sin duda con el tiempo, las condiciones económicas campesinas se transformaron y el ruco se convirtió en una fuente arquitectónica, un vestigio del avance de la urbanización y la adquisición de bienes de consumo. El ruco era conocido por todos, se convirtió en un lugar de encuentro y asistencia. María Cristina ya no solo era una misionera campesina sino también una “madre del desierto”, una contemplativa.



Figura 1. De derecha a izquierda: padre Carmelo y María Cristina Correa. Diócesis de San Rafael, 1975. Fuente: archivo personal de la autora.

“Vive en independencia con calle libertad”: laica, misión y clero

Los testimonios sobre la presencia de María Cristina Correa han estado marcados por una palabra “libertad”. Partamos de la base de la autonomía y ausencia de estructura jerárquica en su forma de vida, es por ello que no ha sido posible encontrar una definición canónica de su

¹⁴ Entrevista a María Cristina Correa. Dada el martes 10 de junio del 2021, La Orilla.

estado. No es monja, ni religiosa, el estado más cercano es la antiquísima *Ordo Virginum* regulada bajo una celebración litúrgica establecida denominada *consecratio virginum* en el cual se explicita la voluntad y sentido de la vocación de virgen consagrada:

Durante el rito las consagradas expresan el *sanctum propositum*, es decir, la firme y definitiva voluntad de perseverar por toda la vida en la castidad perfecta y en el servicio de Dios y de la Iglesia [...] El *propositum* de las que se consagran es acogido y confirmado por la Iglesia mediante la solemne plegaria del Obispo, quien invoca y obtiene para ellas la unción espiritual que establece el vínculo esponsal con Cristo y las consagra a Dios con un nuevo título.¹⁵

Si bien María Cristina, reúne y profundiza las características de una consagrada, se mantuvo desde el principio al margen de las fórmulas de la institucionalidad eclesiástica. Vale decir, no profesó bajo las exigencias canónicas. Sin embargo, aquel estado respondía a la radicalidad sintetizada por ella misma “vivir la misma inseguridad que los campesinos”, lo cual implicaba abandonar la seguridad institucional que sostiene a los consagrados, aunque sea mínima. Tal opción conllevó una radicalidad latente que no pasó inadvertida y tuvo dos formas de acogida entre quienes la conocieron: la admiración y la incompreensión.

La admiración inmediata vino de parte de su familia, vecinos y del clero. Sus familiares más cercanos como el sacerdote Enrique Correa y su sobrina Silvia Squella Correa respetaron y admiraron su determinación, así lo describe Silvia:

Ella cuando perdió a su novio, se dedicó a esta vida, a vivir con la gente, cuando yo esta chica, nos invitó a San Felipe, y vivía con gente sencilla, me dio testimonio de lo bella que era esa vida. Eso hace 55 años [...] es una misionera del mundo, persona que da testimonio de que lo más importante son las personas, que lo material esta después que todo, primero están las personas. Ella respeta mucho a otras congregaciones, pero ella es distinta. Yo no he visto otra persona así. Me desesperaba que no tuviera agua, sacaba de la acequia, no tenía luz.¹⁶

Otro grupo particular fue el de las mujeres campesinas, quienes no solo destacaron su estado de pobreza sino el acompañamiento y consejo de María Cristina en sus vidas. Desde el periodo del inquilinaje el rol de las mujeres campesinas era determinado por el patrón o el esposo, ellas cumplían diversas funciones y más tarde ocurrirá la feminización del trabajo y progresiva proletarización mediante labores como temporeras o servicios domésticos en las ciudades (Valdés, 2017, p. y su grado de sociabilidad estaba delimitado por el espacio doméstico. Estos límites se fueron ampliando mediante organizaciones como los Centros de Madres y

¹⁵ Instrucción “*Ecclesiae Sponsae Imago*” sobre el “*Ordo virginum*”, en Bollettino. Sala stampa della Santa Sede, pp. 8-9 <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2018/07/04/ecl.html>

¹⁶ Fuente: Entrevista Silvia Squella Correa, dada el lunes 18 de octubre de 2021, Romeral

grupos parroquiales. No obstante, en el sector de la Orilla de Valdés para la década de 1980 no estaba presente ningún organismo capaz de reunirlos. Con la llegada de María Cristina en la zona, se abrieron los canales de socialización y acompañamiento espiritual:

[...] Ella fue aquí una gran misionera nos enseñó mucho a nosotros. Trabajamos en bordado, greda, muchas cosas en la comunidad. Ella trabajó, trabajó igual que nosotros, cortando uva, con los canastos en la cabeza. Esas cosas uno las agradece que otra persona de ajuera' [sic] venga a levantarle el ánimo al campesino, que tire pa' arriba, nosotras hacíamos cositas, hacíamos pan y lo vendíamos, nos unía, nos juntábamos todas, compartíamos y lo vendíamos. ¿ahora quien hace eso? Ahora, yo creo que hay cosas que dividen, es el dinero, el dinero divide a las personas, cuando están teniendo sus cosas, teniendo dinero, crecen los hijos, a los enfermos no los visitan.¹⁷

Junto con abrir espacios de sociabilidad entre las mujeres campesinas, otro elemento fue la maternidad ejercida por María Cristina mediante el consejo en las relaciones familiares, donde las mujeres ejercían un rol fundamental. Todas las vecinas coinciden en la capacidad maternal de Cristina, al momento de preguntarles como la definirían o qué ha sido ella para sus vidas, reiteran “una madre”. Así la describe Rosa Díaz:

La Cristina, una mamá para mí. Yo tenía a mis hijos chicos, y mi compañero [marido] era bueno pa' el vino, pucha una vida muy mala, pasó muchos años, con todos mis achaques llegaba yo allá, ella me escuchaba. Fue una mamá. Ella siempre una mujer humilde, sencilla, preocupada, podría decir muchas cosas de ella.¹⁸

Junto con el “ver crecer a sus hijos”, el alcoholismo entre los hombres campesinos era habitual en el lugar, lo cual afectaba en el núcleo familiar y la crianza de los hijos. Por ello la Sra. María recuerda:

Ella [Cristina Correa] los vio crecer. El Felipe [su hijo menor] se fue a Santiago a los 14 años, ella me decía 'señora María mándelo no más, acá se va a poner a tomar y se pierde, allá va estar con su hermana' por ella el Felipe es hoy en día lo que es. Mis hijos cuando vienen no la dejan de ir a ver, ella los vio guaguas.¹⁹

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Fuente: entrevista a Rosa Díaz Canales.

¹⁹ Fuente: Entrevista a María Angélica González Rojas.

Para estas mujeres campesinas María Cristina Correa no solo ejerció el rol de madre y consejera, sino también un acompañamiento espiritual importante, que llenó el vacío por falta de religiosos y sacerdotes en la zona antes de que se instalara en el ruco:

Por acá no había tanto religioso, el único que era don panchito Díaz, el diácono, pero curitas de otros lados no aparecían pa aca' después que ella llegó sí, el padre Ricardo, padre Sergio, padre Correa, el huaso, padre Carmelo, el padre Mauricio también, el padre Osvaldo, el padre Óscar, el señor Obispo que visitaba mi casa, muchos.²⁰



Figura 2. De izquierda a derecha: María Angélica González, María Cristina Correa. La Orilla de Valdés. 1993, aproximadamente. Fuente: archivo personal de la autora.

A su vez, María Cristina tampoco estuvo alejada del grupo masculino. Para los hombres campesinos significó un apoyo en la recuperación del alcoholismo y la búsqueda de trabajo. Don Ramiro, habitante también de la Orilla, señala:

Tuve tiempo amargo. La Cristina estaba preocupa' porque yo tomaba mucho, era alcohólico, entonces yo en realidad era ganador de plata, salía a trabajar, pero, bueno, me lo tomaba, mi mujer mis hijos tuvieron paciencia. La Cristina rezaba, le hablaba a Dios y todo ese asunto, ella tenía una seguridad muy grande que Dios tenía algo pa' mí. Le dije 'pucha yo no puedo dejar esto', hice tratamiento y no me

²⁰ Fuente: Entrevista a María Angélica González Rojas

resultó [...] Le dije ‘pégate una ayudadita no puedo dejar esto solo’ y me ayudaron, lo hice, y nunca más tomé, treinta y cuatro años sin gota de alcohol. Ella rezaba cada día y en cada minuto.²¹

La presencia de María Cristina Correa significó mayor presencia eclesial, cohesión social y acompañamiento familiar y espiritual, tuvo una buena acogida por parte de los lugareños que la reconocieron como mediadora, consejera y solidaria. No obstante, también su opción de vida y acción misionera supuso incompreensión ante la radicalidad de su forma de vida y testimonio radical de pobreza. Cristina Correa pese a los cambios sucesivos del mundo campesino como el creciente individualismo y materialismo, no modificó su concepción e ideal de vida apostólica. Algunos vecinos preocupados de su forma de vida intentaron presionarla para ayudarla construyendo “una casa mejor”, a lo que ella siempre se negó. Don Ramiro relata:

Yo me preocupo mucho por ella, luché mucho, que el agua y la luz no tenía. Mucho tiempo. Yo iba a conversar con ella ‘mira Cristina yo te hago un baño, agua, luz’. No, no, me decía ella, ‘déjame así’, yo le decía ‘Pero Cristina como podí ser tan weona’ [sic] ¿vivir de esa manera? ¿Tú creí que Dios quiere que estés sufriendo de esa manera?, ‘no déjame así, me decía.²²

El ímpetu de continuar viviendo así no solo afectó a quienes vivían cerca de ella, también la visitaban personas que venían a conocerla o acompañaban a algunos religiosos. Como fue el caso de un matrimonio que viajaba junto con el sacerdote Sergio Díaz, quienes viajaban porque era empresarios, tenían fondos, hortalizas y querían capacitarse para iniciar una empresa de criaderos de aves y venta de huevos. El sacerdote los invita primero a acompañarlo a visitar a María Cristina, luego de compartir con ella y ver como vivía decidieron no aumentar su capital, pues, reflexionaron que tenían suficiente si Cristina era feliz con tan poco. En otra ocasión, relata el mismo sacerdote, un niño le preguntó a Cristina “¿dónde está la tele?”, y ella le respondió “Mira mijo, mi tele, el campo, mira los pajaritos, tenemos tele en directo”. Más allá de lo anecdótico, el proceso desencanto y admiración por parte de las personas, ya fueran vecinos o visitantes, expuso las diversas realidades históricas y materiales de la sociedad. La interacción de una sociedad chilena urbanizada, en vías de expansión económica vertiginosa desde la década de 1990 hasta la actualidad, frente a una realidad social de pobreza extrema, opcional y religiosa, genera un paradigma de desarrollo que atenta con las concepciones sociales, culturales y religiosas respecto a la pobreza, el ascenso social, la calidad de vida, el bienestar y el ideal apostólico moderno que en zonas rurales maulinas aún se concibe la acción misionera tradicional y estructurada:

Yo creo que la gente no la comprende. Esperan los misioneros que vayan a sus casas, ella no, evangeliza con la vida. Piensan ‘pobre abuelita vive solita’ y no es eso.

²¹ Fuente: entrevista a Ramiro Díaz, dada el miércoles 20 de octubre del 2021. La Orilla.

²² Ibid.

La comunidad al ver gente así tiene otro esquema: catequesis, misa, etc. No se ha entendido, esperan otra cosa de un consagrado, que se distinga por algo.²³

Otro grupo de acogida fue el clero local. Hacia 1982, el sacerdote Sergio Díaz era seminarista del Seminario Campesino fundado por el Enrique Correa, conocido como el “huaso Correa” y hermano de María Cristina Correa. Por su vínculo familiar y cercanía vocacional, el padre Enrique la presentó al grupo de seminaristas, y pronto impresionó al grupo. Así lo recuerda el aquel entonces seminarista Sergio Díaz:

Era una mamá para nosotros y nos iba a cocinar los fines de semana. Se formó una comunión muy bonita. Era a todo terreno, sacaba la guitarra y cantaba. Nos impresionó esta mujer tan alegre, mujer libre. [...] el obispo don Carlos González decía que Cristina ‘vive en independencia con calle libertad’. Era feliz. La fuimos queriendo, integrando. Tenía una autoridad, tenía libertad.²⁴

Junto con la admiración, también se dio como un signo de interpelación y cuestionamiento ante la propia forma de vida que afectó tanto a sus visitantes como a seminaristas y sacerdotes. Visión que comparte el obispo emérito Alejandro Goic:

El testimonio de Cristina siempre me ha impactado mucho, creo que es una mujer con una vocación especial, consagrada a Dios, hay vírgenes consagradas creo que ella no, yo creo que ha sido una mujer que ama mucho a Dios y que ama mucho a la gente y que ha vivido una realidad evangélica muy profunda. [...] Son vocaciones particulares que hacen mucho bien a la Iglesia. [...] Sirven como interpelación. Personas, así como estos curas y esta consagradas, consagradas digo, aunque no tengan una cosa jurídica son un testimonio por sí mismo, gritan la primacía de Dios, eso para mí es Cristina.²⁵

Para los sacerdotes que la conocieron, María Cristina no solo era un apoyo finito de misión o doméstico, sino también una referencia y prolongación de apoyo y consejo espiritual, capaz de ejercer un acompañamiento religioso y sacramental. Es por eso que en diversas ocasiones le enviaban personas al ruco, circunstancias que ella misma recuerda: “*La gente quería conversar de sus problemas, de su vida, venían a conversar. Incluso mi hermano cura los echaba a hablar conmigo, los mandaba les decía ‘vayan a conversar con la Cristina ella es muy sabia’ [se ríe] en tremenda sabiduría yo ni siquiera estuve en el colegio.*”²⁶ También el sacerdote Mariano Puga,

²³ Fuente: entrevista al sacerdote Sergio Díaz. Miércoles 1 de noviembre de 2021

²⁴ Ibid.

²⁵ Fuente: Entrevista a Alejandro Goic. Dada el martes 21 de diciembre del 2021, Rancagua

²⁶ Entrevista a María Cristina Correa. Dada el martes 10 de junio del 2021, La Orilla.

mostraba afecto y admiración por María Cristina, quienes comulgaban una misma radicalidad en medio de la pobreza:

Que gran hombre, un santo, gran amigo, vino muchas al ruco, gran amigo Mariano. Nos conocimos a través de mi hermano cura, eran compañeros, eran muy amigos con mi hermano. El venía a Villa Prat, y me mandaba a buscar. Él me hacía mucha campaña, [se ríe] le decía a la gente ‘vayan a visitar al ruco’, mandaba a la gente a conociera este pájaro raro, no sé, él le gustaba como vivía, algo parecido a lo que él hacía en la Legua.²⁷

La integración y alcance transversal del testimonio y acción misionera de María Cristina Correa, se sintetiza en el grupo fundado en 1989 entre laicos, sacerdotes y religiosas llamado “Desierto” o “Día de desierto”, es decir se reúnen una vez al mes en el denominado “ruco del Señor”, ubicado junto al ruco de María Cristina, a leer el evangelio y reflexionar acerca de su vida cristiana. Grupo que, sin duda, ella pese a su vejez continúa asistiendo: *“Ella está siempre, nos recibe con cariño, en invierno nos tiene el brasero prendido y agua caliente.”*



Figura 3. Grupo “Día de desierto”, En el centro Mariano Puga y María Cristina Correa. Extremo inferior derecho: Silvia Squella y Sergio Díaz. La Orilla de Valdés. 2009 aproximadamente. Fuente: archivo personal de la autora.

Conclusiones

El llamado misional, universal y abierto a la sociedad del Concilio Vaticano II concluido en 1965, para algunos laicos se tradujo en la convivencia *in situ* con las comunidades invisibilizadas por la sociedad chilena. Es en este ímpetu renovador en que María Cristina Correa a fines de la

²⁷ Entrevista a María Cristina Correa.

década de los 60 decide dedicar su vida a la acción misionera completa, pero cobró total forma y estabilidad en 1980 asentándose con en la comunidad campesina de la Orilla de Valdés.

Históricamente se ubica en un contexto complejo a nivel social, político y económico de la sociedad rural chilena, con un devenir histórico marcado por la inmediatez material-económica y tensiones sociales definidas por los cambios culturales y generacionales. El envejeciendo de la población rural maulina, el consumo de bienes materiales y la migración a las ciudades han mermado la cohesión social, la producción campesina y la religiosidad.

La radicalidad material, el acompañamiento espiritual, asistencia social, maternidad y profunda solidaridad, no permiten ubicarla entre dinámicas tradicionales de evangelización, ni estado de vida convencional contemplativa e incluso moderna como las congregaciones dedicadas a la acción misionera desde fines del siglo XIX y sociedades laicales del siglo XX. Sin embargo, integra en su vida comprometida evangélicamente toda la vertiente eclesial de las primeras comunidades cristianas de la Iglesia primitiva, y a la cual apunta la Iglesia actual, una Iglesia Católica sinodal en vez de piramidal.

Sin duda la presencia de María Cristina Correa en medio de la vida campesina y canónicamente "sin papeles" en su ruco, ha sido un bastión inamovible de radicalidad evangélica e histórica, capaz de integrar en su forma de vida, los valores de los estados de vida consagrada -contemplativa, laical y activa- y la coherencia y/o compromiso social desinteresado por casi cinco décadas.

Referencias

Fuentes primarias

- Entrevista a María Cristina Correa Álvarez. Martes 10 de junio de 2021, La Orilla.
Entrevista a Alejandro Goic. Martes 21 de diciembre de 2021, Rancagua.
Entrevista a Sergio Díaz. Miércoles 1 de noviembre de 2021, Santiago de Chile.
Entrevista a Ramiro Díaz, miércoles 20 de octubre de 2021. La Orilla.
Entrevista a María Angélica González Rojas, miércoles 20 de octubre de 2021.
Entrevista a Rosa Díaz Canales, miércoles 20 de octubre de 2021. La Orilla.
Entrevista Silvia Squella Correa, lunes 18 de octubre de 2021, Romeral.

Bibliografía

- Aliaga Rojas, F. (2014). "La Acción Católica en Chile", en Historia de la Iglesia en Chile: Una sociedad en cambio. Tomo IV. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
Bengoa, J. (1990). Haciendas y campesinos. Historia Social de la Agricultura Chilena. Tomo II. Santiago de Chile: Ediciones Sur, Colección Estudios Históricos.
Castillo, M. J. (2017). "El rol de los laicos en una Iglesia en cambio post Vaticano II: Movimientos laicales". En Historia de la Iglesia en Chile. Conflictos y esperanzas. Remando mar adentro. Tomo V. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
Cossio Arredondo, G. (2017) "Movimientos sociales de mujeres y renovación de la Iglesia: convergencias y desafíos entre 1973 y 1989", en Historia de la Iglesia en Chile: conflictos y esperanzas. Tomo V. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
Grendi, E. (2009) "A microanálise e história social". Exercícios de Micro-história. Rio de Janeiro, Editora FGV.
Quiroga Salazar, R. (2017). "¡Propiedad para todos! La Iglesia Católica y el proceso de reforma agraria en Chile. 1960-1973" en Historia de la Iglesia en Chile: conflictos y esperanzas. Tomo V. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

- Monreal, S. “(2020) Mujeres consagradas en el cono sur en la segunda mitad del siglo XIX: inmigrantes sin fronteras” En Religiosas en América Latina: memorias y contextos. Buenos Aires: Lecturas Sociales. Instituto de la Facultad de Ciencias Sociales UCA-CONICET.
- Valdés, X. (2013) “Inquilinas, alfareras, parteras, dueñas de casa, temporeras: oficios y trabajos de mujeres rurales”. En Historia de las mujeres en Chile, Tomo 2. Santiago de Chile: Taurus.